

NOTICIAS QUE ALARMAN

En estos días hemos recibido noticias, nacionales e internacionales, que nos alarman y entristecen. En Comodoro Rivadavia, Argentina, una criatura de cuatro años murió a causa de los golpes recibidos, supuestamente, por su madre o la pareja de ella. Una adolescente, dejando varias cartas de despedida, se quitó la vida. Un joven que disparó con un arma en una escuela secundaria dejó un compañero muerto y otros, heridos; pertenecía, presumiblemente, a una red internacional que promueve estas acciones. Alarma en varios colegios por amenazas de alumnos en relación a este tema. El horror de las guerras, con miles de muertos, que devela, en los que tienen la responsabilidad de velar por la justicia y el bien común, un entramado de espíritu de dominio, mentiras e intereses económicos. Escuchamos cotidianamente palabras hirientes, insultantes, amenazantes, en presidentes de naciones y autoridades civiles elegidas por su pueblo. Violentas palabras y actitudes en personas que se constituyen, por su lugar social, en referentes de nuestros niños, adolescentes y jóvenes.

Es preocupante el aumento de enfermedades psiquiátricas y aumento de suicidios luego de la experiencia y el encierro de la pandemia. Esta nos llevó a encerrarnos en nuestras casas y en nuestras computadoras, generando el síntoma de la caverna. Miedos inconscientes nos paralizan y nos cuesta dejar nuestras zonas de confort para salir al encuentro de los otros. Horas de encierro en las redes atrapantes del internet.

Hay vidas en riesgos y personas golpeadas y asesinadas ¡Hay muchos golpeados! Pero, hoy, el gran golpe que da origen a tanta violencia es la indiferencia.

Indiferencia de padres hacia sus hijos que no generan oportunidades de diálogos contenedores. La televisión y las redes sociales ocupan esos espacios que en otro tiempo se destinaba a la sobremesa, al café o el mate compartido. Padres y madres adolescentes que temen perder la estima de sus hijos y, por eso, no saben poner límites con firmeza y ternura a la vez; más preocupados en ser queridos que en amar verdaderamente. Nuestros niños y jóvenes experimentan una soledad muy grande que buscan llenar en los espacios de las redes sociales; en donde los adultos, que deben cuidar sus vidas, no pueden entrar.

Indiferencias entre vecinos de un mismo barrio o de un mismo pueblo. Hemos perdidos los espacios barriales y sociales de comunicación, ayuda y solidaridad. Caminamos por las calles de nuestro entorno sin mirarnos ni saludarnos. La vereda dejó de ser espacio de encuentro para tornarse una autopista en la que circulan personas siempre apuradas y que jamás miran a los ojos de los que pasan a su lado. No hay tiempo para el encuentro. Hemos perdido el club del barrio como espacio de socialización; la parroquia, como la segunda casa; la escuela, como la continuación del ambiente familiar. Encontramos docentes y padres, directivos y maestros, en trincheras que agreden y no conversan; lastiman y no sanan.

Un estado cruelmente indiferente ante jubilados que mueren porque ante una grave o terminal enfermedad no consiguen un turno para ser atendidos o no pueden acceder a la medicación necesaria. Un sector marcado por discapacidades especiales que no encuentran la contención necesaria. Un estado que no cumple con su primera obligación: cuidar la vida. Porque ser pro vida no es solo condenar el aborto; es, también, condenar la inoperancia, la corrupción, la impunidad que genera muerte.

Fuimos creados a imagen y semejanza de un Dios que es comunión de personas. Solo somos personas cuando somos comunidad, familia, nación, barrio.

La creciente mentalidad individualista está generando muerte. La concepción de la sociedad como una suma de individualidades en donde el único vínculo existente es respetar los derechos de los otros y nada más, no nos permite ser aquello para lo cual fuimos llamados a la vida. La concepción de un estado y una nación en donde no existe la construcción del bien común, el compromiso con el cuidado de la vida, en donde puedo hacer lo que quiero y siento, sin dimensión de compromiso social, es siempre generadora de violencia porque lleva a la pérdida del sentido de la propia existencia.

Una concepción de la libertad divorciada de la fraternidad social se torna siempre autoritarismo. Los proclamadores de un ultra liberalismo terminan siendo dominadores, violentos y autoritarios.

Por ser la persona un ser social, somos más persona cuánto más vivimos la comunión. A la vez, somos más comunidad cuánto más crecemos como personas. Los extremos ideológicos: la exaltación de la individualidad sin dimensión social y la concepción social que anula la libertad personal, son siempre caminos hacia la violencia.

Cuando nuestros niños, adolescentes y jóvenes no encuentran los necesarios espacios sociales (familia, amigos, escuela, barrio, clubs, iglesias, espacios deportivos sociales, lugares generadores de arte y creatividad grupal) lo van a buscar en los lugares que las redes sociales les ofrecen, por momentos muy peligrosos. Solo superaremos la adición a las redes y a la dependencia química generando espacios: contenedores, solidarios, inclusivos, plurales, generadores de confianza, respetuosos del camino elegido por el otro y, a la vez, sinceros en el compartir nuestro pensar y sentir. Pero, sobre todo, comprometidos con la vida; con el cuidado de nuestras vidas y las vidas de los demás.

El camino para superar las adiciones y las violencias, pasa por el despertar el deseo de una vida compartida en dimensión de universalidad y no de ghetto social. *Si quieres construir un barco, no empieces por enviar a los hombres a buscar madera, distribuir el trabajo y dar órdenes. En vez de eso, enséñales a anhelar el vasto e inmenso mar. Cuando se haya avivado esa sed, entonces hay que ponerse a trabajar para construir el barco.* Antoine de Saint-Exupéry.

Cuando no se despierta el anhelo de una vida que se realiza en la entrega a los demás, en la contención del otro, en la escucha empática y en el compromiso con el bien común, estamos generando un mundo en donde la vida pierde su sentido. Y, ante esto, surge el nihilismo (experiencia existencial de la nada, del no sentido, la no motivación) o la violencia.

Cuánto bien nos hace recordar que la oración final de Jesús fue: *Que todos sean uno; como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros.* Jn 17,21

*P. Rodolfo Pedro Capalozza, SAC
Centro de Espiritualidad Palotina, 11 de abril de 2026*